

Introduction to Adrian Ensor's Lorca Photography Exhibition

In 1998, the ghost of Federico Garcia Lorca took Adrian Ensor to the lush valley of the Vega de Granada, where the poet had spent his early, perhaps most formative years. But Adrian wasn't looking for Lorca, as such – he was there to immerse himself in the place that shaped Lorca into the poet and visionary he became.

For Adrian, a person's story, though inspiring, is always just the starting point, the launch pad for his own visual explorations. Whether it is an eminent and celebrated poet, or an old man who left a suit in the wardrobe on an island in Donegal, the motivation is the same: to absorb the ambiance and unseen magic of the setting and produce his own depictions: to make unspoken intimations visible.

All his life, Lorca acknowledged the importance of the countryside to his work. In the *Romancero Gitano* (Gypsy Ballads) he depicted Andalusia as a place of “archangels, gypsies, horses, breezes and rivers.” The Gypsy Ballads” is, he said, “a book in which the hidden Andalusia trembles.”

He also said, “Only mystery allows us to live. Only mystery.”

For me, Adrian's images in this book are redolent of the all-pervading mystery to which Lorca alludes, capturing and conveying an almost ephemeral sense of place and, perhaps most importantly the effect that it has (and had) on an artistic sensibility. Never didactic or merely illustrative, never “picturesque,” (which would have infuriated the fiercely anti-bourgeois Lorca) they seem to evoke the mystery and melancholy of a life (and lives) enacted long ago.

The mystery is always present. In a stand of poplars, or a cool and shadowed colonnade, in the iconic dominance of a simple, wooden cross suspended from telegraph wires, or an implacable horse, or an inquisitive cur on a dusty road. It's there in the incongruous monolith on an empty plain, or the path into a dappled forest, and in the foreboding shadow of a tree branch on the innocent gable of a house; there in the “lament for a bullfighter” on a poster fixed to a tree, or a lone horseman ambling into the distance. Mystery, always mystery...

Another photographer, Robert Frank, once said, “Black and white are the colours of hope and despair.” To my mind, they are also the colours and the shades and the nuances of a host of elusive feelings and perceptions in between: perceptions for which words cannot be found.

Adrian perceives these nuances instinctively and gives them form, gives the fleeting moment permanence. The images in this book are visual poems. It is truly a book in which hidden Andalusia trembles.

Neil Clarke

Introducción para la exposición fotográfica de Adrian Ensor sobre Lorca

En 1998, el espectro de Federico García Lorca guio a Adrian Ensor hasta el exuberante valle de la Vega de Granada, donde el poeta pasó sus primeros años, probablemente, los que más marcaron su formación. Pero Adrian no iba en busca de Lorca, sino de los espacios que presenciaron sus inicios y lo llevaron a convertirse en el poeta y visionario que fue.

Para Adrian, por muy inspiradora que sea, la historia de una persona no es más que el punto de partida para sus propias exploraciones visuales. Poco importa si se trata de un ilustre y celebrado poeta o de un viejo que dejó un traje colgado en el armario en una isla de Donegal, la motivación siempre es la misma: impregnarse del ambiente y de la magia oculta del entorno para crear sus propias representaciones y hacer visibles las alusiones tácitas.

A lo largo de su vida, Lorca reconoció la influencia que el campo tuvo en su obra. En el *Romancero gitano*, pinta un retablo de Andalucía como un lugar de arcángeles, gitanos, caballos, brisas y ríos. Según él, esta colección de poemas es «un libro (...) donde está temblando la [Andalucía] que no se ve».

También fue Lorca quien dijo: «Solo el misterio nos permite vivir, solo el misterio».

Las fotografías del libro de Adrian recuerdan ese misterio omnipresente al que Lorca hace referencia. Capturan y transmiten un sentimiento de lugar casi efímero y, quizás más importante, el efecto que tiene (y tuvo) en la sensibilidad artística. Jamás didácticas o meramente ilustrativas, tampoco «pintorescas» (lo cual habría enfurecido al Lorca antiburgués), las imágenes parecen evocar el misterio y la melancolía contenidos en una vida (y vidas) representada hace ya mucho tiempo.

Ese misterio está siempre presente. En los chopos dispuestos en hileras; en una columnata sombría; en la icónica preponderancia de una sobria cruz de madera suspendida del tendido eléctrico; en un caballo implacable; y en un chucho en medio de un camino polvoriento. El misterio se percibe también en un monolito incongruente en el centro de una llanura vacía; en el sendero moteado de claros y oscuros que conduce a un bosque; y en la sombra fatídica que la rama de un árbol proyecta sobre el inocente muro de una casa. Asimismo, se siente en el «llanto por la muerte de un torero» en un cartel amarrado a un árbol; y en un jinete solitario que se aleja sin prisa. Misterio, nunca falta el misterio...

Otro fotógrafo, Robert Frank, dijo que el negro y el blanco son los colores de la esperanza y la desesperación. Para mí, también son los colores, sombras y matices de un sinfín de impresiones y sentimientos inaprensibles entre ambos extremos que no se dejan expresar con palabras.

Adrian captura estos matices de manera instintiva y les da forma, transformando en permanencia la fugacidad del momento. Las imágenes de este libro son poemas visuales donde, de verdad, está temblando la Andalucía que no se ve. Neil Clarke